

la exageración. Y si uno nunca sabe cuánto tiempo pasa en *El obsceno*, aquí menos, porque mientras algunos personajes insisten en que todo sucede en un día, para otros pasa un año entero.

La anécdota es simple: los Ventura van a la casa de campo y de ahí partirán, pero sólo los grandes, a un paseo corto, en compañía de todos los sirvientes (un verdadero ejército, comandado por dos rencorosos hombres, cuya ambición es pertenecer a la categoría de Ventura, aunque sea por asimilación), mientras que los chicos (todos los hijos, aquellos que todavía no cumplen diecisiete años) se quedan en la casa a representar un juego en el que todos intervienen, sea como participantes o espectadores: *La marquesa salió a las cinco*, que tiene infinitas variantes pero no solo objetivo: ser de los grandes, escenificar el mundo de los adultos, (obsesiones sexuales, amores impuestos, convenciones aceptadas, todo incluido). En cuanto salen los adultos, los chicos se dan al robo (los que saben de dónde sale el dinero para tanto lujo), a la rebelión, y entonces se mezclan con los indígenas oprimidos, toman la casa por asalto, huyen algunos, se prostituyen las mujeres. Cuando regresan los Ventura, todo ha sido roto, nada será igual: recuperar la casa cuesta vidas, pero ellos corren un tupido velo (como acostumbra) para no aceptar que fueron derrotados.

No es tan importante el hecho de que el tiempo sea uno para unos y otro para otros, ni que la violencia sea la única manera de destruir ese ridículo orden. Lo que importa es que Donoso ha escrito una obra magistral, y sin necesidad de recurrir a la estructura complicadísima de la novela moderna; incluso, ha rescatado para sí un truco de los grandes novelistas del pasado: él y sólo él, es el dueño de la historia; él es el narrador omnipotente que maneja destinos, y a la manera de los franceses del siglo XIX, interrumpe el relato para recordárnoslo, para hacernos saber que ocurrió algo y no lo supimos, y que lo vamos a saber gracias a su bondad; cuando le parece que algo no tiene importancia se lo brinca, y se burla de ello. Incluso hay un pasaje donde nos hace saber que toda la historia es inventada, no tiene que ver con la realidad, y que ha modificado ese universo sólo porque es su voluntad.

Gigantesca y monumental obra, *Casa de campo* no es pedante (como sí lo son muchas de las novelas de Donoso) a pesar de que el autor intenta serlo en todo mo-



mento; está bien escrita sin importar que los trucos literarios aparezcan cada instante (Donoso permite que los veamos: no son visibles por su ineptitud); es ambiciosa pero no es obnubilada, y logra la maestría precisamente porque quiere serlo, pero también porque en los momentos precisos es una historia sencilla, modesta, y sólo cobra tensión en los momentos claves.

No es, vuelve a insistirse, una obra tan complicada como *El obsceno pájaro de la noche*, pero de ninguna manera es un simple ejercicio literario; simplemente es una fascinante narración que sabe unir los elementos de la gran novela del pasado y la gran novela contemporánea.



Bajo tu rollo enorme

David Ojeda: *Bajo tu peso enorme*, INBA, México, 1979.

por José Buil

David Ojeda había publicado anteriormente en dos volúmenes colectivos donde aparecían cuentos y narraciones de jóvenes escritores de "mucha proyección" y cuya proyección, precisamente, les es dada por sus amigos dirigentes de los talleres del INBA en la provincia, que les dan becas, premios, los publican, los elogian y los inflan aunque después los jóvenes narradores caigan bajo su mediocridad enorme, todo con tal de que estos muchachos pongan de epígrafes en sus libros frases de quienes los promueven; reproduciendo así una manera de corrupción colaboracionista que no se justifica con un barniz de militante al que ya nadie le cree.

Así, en los libros de Ojeda, Betancourt y Huerta, el lector puede darse al juego de adivinar cuántos de los epígrafes puestos en las páginas de los libros pertenecen a los amigos de los cuentistas.

La cosa se pone divertida cuando, por ejemplo, uno descubre que Donoso es cuate de David, que Pedro se lleva de a cuartos con Ignacio (al que le da un Premio Nacional de Cuento) que Ignacio le da el mismo premio pero al año que sigue a su gran amigo Alberto. La mafia, a la que ellos atacan por otro lado, (digamos, Pedro escribe todo un libro para demostrar que Borges está amafiado con las dictaduras, ¡juuy!) se pone a caminar como una máquina más aceitada que el propio trabajo literario de los amafiados. Son cosas que hay que decir: el INBA, promueve esta corrupción aún sin pretenderlo, porque ha permitido que quienes dirigen y participan en sus talleres, se coludan de manera, digamos, poco sutil, aun vergonzosa para una institución que no por cultural debiera permitir un amiguismo tal que se vuelve corrupción tal cual.

De cualquier manera y adivinaciones de la corrupción literaria aparte, en los anteriores volúmenes donde había publicado, Ojeda mostraba posibilidades y destacaba porque sus cuentos tenían un trabajo insistente, especialmente en un cuento mag-



nífico aparecido en *Declaro sin escrúpulo* y que es de veras, de antología, por lo bien hecho que está.

Este cuento se llama "Club de Leones" y en él Ojeda muestra un punch propio de un cuentista mayor al que aparece en *Bajo tu peso enorme*. En aquel cuento, Ojeda manejó unos personajes vivos y convincentes desde la tercera persona, desde su delicada evolución y desde una forma que presentaba personajes que los desaparecía y que los hacía reaparecer en el momento dramáticamente preciso.

La lectura de aquellas antologías, dejaba a Ojeda como el mejor narrador entre los demás que ahí aparecían. La impresión se conformó con la publicación de los libros de Huerta y Betancourt quienes insisten en escribir cuentos en primera persona y segunda, todo aderezado con comentarios al PCM, como de militante confuso que se debate entre el encanto de una muñeca max-factor y el sacrificio proletario (aunque para ser justos, Betancourt tiene la virtud de tomar la literatura a juego, lo cual hace mucho más digerible su trabajo). En medio de este panorama, Ojeda pintaba para el serio "cuentista que soñé" e incluso, se ganó un Premio Casa de las Américas que lo prestigió un tanto. Pero resulta que *Bajo tu peso enorme*, el primer libro que publica Ojeda, es una completa decepción. De nuevo tenemos al cuentista que maneja el esquema sabido: a) que todo cuento se vea como de "izquierda", a través de alusiones a la lucha latino americana; b) hay crítica a los medios que nos alienan con personajes que concursan humillados en el programa de Luis Manuel Pelayo; c) hay (¡ay!) epígrafes de Miguel Donoso en donde se anun-

cia que la realidad "nos determina"; ch) hay aficionados al fut que ven interrumpidos los monólogos de Angel Fernández; d) hay dejos de humor nunca concretados y que de concretarse salvarían algunos de los cuentos; e) hay, como contraparte, un hieratismo abrumador (peor que el de Huerta, por ejemplo); f) hay, por supuesto, un lenguaje coloquial, aquí utilizado por pura necesidad anticolonialista. En fin, hay, *Bajo tu peso enorme*, un enorme rollo que flota en cada página, como si la literatura tuviera la necesidad de ser panfletaria para levantarse como política. En Ojeda hay todo lo que en un principio fueron virtudes, y que hoy, de tanto repetirlas sus descubridores, se han vuelto defectos.

Pero de cualquier manera, con Ojeda uno tiene la sensación de encontrarse ante el narrador más "hecho" de cuantos han surgido de los talleres del INBA. Sus cuentos son meticulosamente trabajados y meditados, aún cuando no escapan para nada a unas premisas políticas que estaría bien poner en la mesa de discusiones antes de que continúen echando a perder narradores con posibilidades. ¿No será que se está confundiendo demasiado a la literatura con la sociología? Hay especificidades que habría que tener claras. La literatura, no por hacer sociología, se vuelve más literatura, y la sociología, no por hacer más literatura, se vuelve más sociología. Aunque habría que pensarlo, quizás esta manera de hacer literatura resulta importante, más que nada, por su carácter testimonial.

Abril y otros poemas que lo acompañan

Carlos Montemayor, *Abril y otros poemas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1979, 95 pp. (Letras Mexicanas).

por Jaime Moreno Villarreal

La literatura es quizás, entre todas las artes, la que más se presta a los excesos. Los "demasiados libros", la abundancia de poetas, tantos volúmenes y tantos fracasos son evidencia no de un auge literario sino de un mediano negocio editorial.

El riesgo principal de un libro terminado es su publicación. Ahí se cifra su obje-

tivo, la lectura. Ya publicado, vendrá la precipitación de elogios o recriminaciones, gustos y disgustos, y, si las cosas funcionan, de lectores.

Es difícil para un poeta, dado este panorama, el publicar si no posee la seguridad plena en el valor de su trabajo y en el interés de su difusión —por restringida que ésta pueda ser—, si no se complace con engrosar las filas de los anaqueles polvosos o alimentar indirectamente secciones de reseñas en las revistas.

La lectura de *Abril y otros poemas*, de Carlos Montemayor, promueve inmediatamente una duda: ¿se trata de un libro de poemas o de una colección de poemas? Las cinco partes que completan el volumen aparecen una tan distante de la anterior que, a simple vista, el peligro que asume el autor es el de publicar una obra desigual de trozos personales. Quizás la intención no sea otra que la de algunas "antologías poéticas" que reúnen lo disperso al ton y al son de completar un número determinado de hojas para empastarlas como libro.

El riesgo en este caso es una publicación desequilibrada. Los cortes entre cada parte son tan bruscos que no permiten hablar de unidad sino en términos de encuadernación. Montemayor presenta una colección de intentos más o menos logrados donde la constante es la experimentación y la ausencia notable es la solidificación del hallazgo.

Del recogimiento a la dispersión, en un continuo repliegue-despliegue, Montemayor da traspies en sus cambios de manera (su búsqueda se reduce en muchas ocasiones a indagar de qué otra manera se puede escribir poesía). Veamos dos ejemplos. En

